

Bajo el ciruelo

Domingo veinticinco de diciembre.
Se nos acaba el siglo.
Qué hago aquí bajo el morado
follaje del alto ciruelo que se inclina
cabeceando como un viejo
filtrando el sol que enciende
un suave rosa antiguo en sus hojitas nuevas
y un verde jubiloso salpicado
por todo el tierno césped.
Más alto y luminoso que el ciruelo
sin una sola nube el amplio cielo
con su pequeña luna en el creciente
como pintada en tiza junto a una
chimenea tiznada de hollín.
Cómo llegué hasta aquí.
Mi pie desnudo roza
acaso por error el paraíso.
El pasto recién cortado y húmedo.
Miro la luna inmóvil,
colgada en el azul que empalidece
vertiginosa y quieta y el silencio
de la tarde ocultando sus rumores.
Un incesante crepitar sugiere
la caída del agua en una fuente
pero son las semillas de la hiedra en el muro
que se secan y caen sobre la tierra ardiente.
Y sigue estando allí la misma luna
blanca y fugaz cual una
pequeña mancha de tiza
que traza jugando un niño ciego.
No se ha movido y los minutos pasan.
Falsa imagen de calma y verdadera
ilusión de armonía en esta tarde
dominical vacía y plena
donde sólo disuena mi cerebro
que zumba y se pregunta cómo
cómo llegué a este claro
armonioso jardín. Cincuenta años hace
tiemblo al pensarlo

que mi sangre palpité maravillada
ante una telaraña tejida con la luz
y el silencio de la tarde las palabras
como frutos maduros
no se sabe de dónde venían.
Un enjambre que aún hierve en mi cabeza.
Y afuera el mundo un perro ladra
con justa indignación un niño
chilla en la tarde calurosa
y el agrio griterío de los pájaros
y el violento estallido de un petardo
que no quiere decir nada.
El ciruelo sacude pensativo su cabeza.
Pero aún resplandece temblando con la brisa
el verde tierno de la hiedra en los muros del jardín.
Las cotorras salvajes destempladas
expulsaron de la ciudad a la suave paloma
que antaño entonaba su gemido de eterna congoja.
Un leve soplo mensajero de la noche
refresca mi frente estaba ahí
el día pleno estaba en mí
el verano
este claro sereno paraíso
que brota de mi pecho como una
fuente y me dice es así porque debe ser
así
mientras mi hermano
se hunde paso a paso en el dolor,
su oscuro sigiloso insaciable
dolor
y nadie puede
nada nadie puede
nada.
La nube pasó.
La luna era una nube.
No quiero ver ni oír ni estar
en este imperdonable paraíso.
Existe sin embargo la armonía
la eterna inexplicable la sagrada.
No sé dónde ni cuándo y sin embargo
la busco todavía.